

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Largo fin de semana



El avión aterrizó, no sin cierto fragor, en tierras capitalinas. En mi equipaje venían Jaime Sabines y la hermosa gente de Tuxtla. Salí y me toqué con Pancho, el absurdo americanista, que ya estaba listo para trasladarme a mi casa de piedra y flores. Llegamos tras los consabidos contratiempos viales. No bien llegué, ya estaba sonando el teléfono. La inclita Mireida, la diligentísima pistolera de Tania Libertad, quería notificarme que ya sólo me esperaban a mí para emprender el viaje rumbo a Cuernavaca, Morelos. En un instante mi mente comenzó a sopesar dos posibilidades: pedir un tiempo fuera, depositarme en mi cama y recuperar fuerzas; o bien, arrancarme en caliente y de repente sin darle tiempo al cansancio de que me alcanzase. Opté por esto último, me trasladé a casa de Tania, abordé chico camionetón y enfilamos rumbo a la tierra de Zapata.

Salir de la Ciudad de México rumbo a Cuernavaca en viernes hacia las dos de la tarde es un acto de enorme desesperación existencial. Minutos van y minutos vienen y cada autotransporte va construyendo su Nirvana particular, su idioma y su gastronomía. Un himno a la quietud. Cuando el movimiento se reanuda, ya todos somos otros. En las afueras de Cuernavaca, Tania tiene una casita chiquita y muy blanca. Cuando llegamos, la casa ya

estaba tomada por un piquete de jipis discontinuados que reconocen en Tania a su deidad mayor. Comimos unos levisimos tacos de cecina enchilada y, como ya eran las cuatro y la función era a las ocho y Tania Libertad es una mujer altamente paranoica, nos dirigimos al Teatro Ocampo donde ya con todos los boletos vendidos, sería la función. Trabajando con tiempo y calma, en diez minutos ya estaba todo listo para la función. El resto fue edificar un aburrimiento casi tan macizo como el de la salida a Cuernavaca.

La función fue un puro agasajo marinero. Tania es una gran cantante y acá su Charro Negro se esmeró en no quedar demasiado a la zaga. Por experiencias anteriores, el público de Cuernavaca me inspira una cierta desconfianza que en este caso resultó totalmente infundada. Aplaudieron de manera generosa y consistente.

Terminó la función y emprendimos el regreso a México. A las 2:30 de la mañana regresé a mi hogar. 21 horas de pie con visita a tres entidades federativas. Creo que eso explica que no recuerde nada de lo que aconteció el sábado. Día sin huella.

El domingo comencé a dar señales de vida. No muchas, pero sí las suficientes para estar listo frente al televisor minutos antes de las cuatro de la tarde. Aquí aprovecho para agradecerle al señor Mariscal y a varios otros que gentilmente me ofrecieron dos lugares en el Estadio Azteca. La lentitud del Internet nos impidió realizar nuestro encuentro. De todas maneras el juego estuvo bas-

tante sope. Eran las Vicentinas contra las hijas del Verbo Encarnado. Así de sacones se vieron. El empate me puso de bastante mal humor, pero es cosa sabida que basta esperar con emoción un gran partido, para que éste resulte una perfecta porquería.

Y ya. Ahora es lunes y los grandes líderes como Germán Martínez y Manlio Fabio recuperan el centro del escenario. Por cierto, este último, el señor Beltrones, fue el único que cumplió una guardia de honor en el monumento a Colosio a quince años de su asesinato. ¿Algún problema de conciencia, Don Manlio Fabio?.

Hoy es lunes y la Gordillo ahí sigue. Hoy nos explicó que ella ni ve pasar el dinero del sindicato. Pido perdón. Yo llegué a pensar que era una ratera.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXIII (1513)

Están inquietísimos nuestros políticos de cuarta (es decir, todos). Ya viene la piñata y se estremecen al pensar que no es seguro que les toque fruta. Imagínense a Graco, o a Creel, o a Gamboa sin hueso. Sería terrible.

Cualquier correspondencia con esta columna afanosa cual abeja, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

